1

UNA CAMA DI

233754



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 cénts.

1

233754

47/150 5093

Una cama diabólica

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—¿Has hecho las camas, Juana?

—Todas, no.

—Por que razón?...

—Todas, no. La del salon de los retratos no ¡no y no!...

—¡Bestia!

—Gracias, igualmente.

—¿Cómo? ¡Te atreves!

—Digo «¡igualmente nada más!».

—Calla y no la riñas, hija.

—Quien ha de callar eres tú, mostrenco.

—¡Zoila!...

—Mostrenco, no: botarate doble... Defensor de criaduchas lenguaraces...

—¡Zoila!... Te digo que...

—Tú defiendes a Juanita, porque has dormido en su cuarto.

—¡Jesús! ¡María!...

2.3224223

—Pero tú eres el rey de los frescales...

—No faltes, Zoila; que te la endiño.

—Eso es lo que tú quisieras ¡macaco!

—¡Oye! ¡Macaco también!.., ¡Jé, jé, jé! Eso es nuevo. ¿Y ya sabes el femenino de eso?... ¡Pues, *ma-caca!*... ¡Anda, toma adjetivos, costillita mía!...

—¡Eh! ¡Tú! ¡Juanita!

—¿Qué pasa?... doña Zoila—respondió irónica la doméstica.

—Que hagas la cama pero no le enseñes más los bajos a mi marido, porque...

—¡Las piernas de esa!... ¡Bah!

—Que es eso de «¡bah!» —replicó, sulfurada Juanita.

—Que tus *bajos*, como tus *centros* y tus *altos* me los se ya de memo...

Pero el pobre marido admirador de domésticas camelables se quedó en «memo», nada más.

La «memoria» se la quito de un guantazo de órdago su amable costilla.

El marido atizóla a su mujer cuatro razonables sopapos en la espalda, entre ambos homoplatos.

Lloriqueo inmediato de la señora Zoila; más por la rabia de verse correspondida por don Casiano que a causa del dolor de los golpes.

Huída de la quema inmediata por Juanita, la próxima causante de tales diferencias matrimoniales.

Total una marimorena más de las muchas que ocurrían diariamente en aquella casa.

II

—¡Mírame, Juanita!... A tus piés.

—No quiero falderillos.

—Pero, Juanita.

—Pero ¡rábanos! Váyase o llamo.

—No; eso no: me iré, pero...

—Ni pero ni camueso... Lárguese, maldito, que no es hora de hacer el amor a las tres de la tarde.

—¿Por qué lo dices, pérfida?

—Porque me ha dao en esta nalga.

—Cuando yo doy es que lo hago sin querer... O mejor de tanto como te quiero Juanela.

—¡Uy! ¡Vaya un tío pegajoso!...

—Ven, monona. Siéntate aquí en la cama... Sí; sí: no te de miedo...

—¡En la *cama diabólica*, como la llama la señora! ¡Horror! ¡Tome!... ¡Uno!... ¡Y váyase!...

—No; déjame ue me recree en tus pro-

tuberancias... Me enagenas.

—No se que será eso; algo malo, de fijo.

—Enagenarme es... Verás; te lo explico. Dame tu mano.

—¿Mi mano?... ¿Y qué?

—Tú calla y remueve un poco ese nalgatorio extra ebúrneo, para que yo pueda explicarte eso mejor.

—Bien remuevo... ¡Ay!

—¡Que te ocurre!...

—Que me he tropezado con el minutero de su reló...

—¿Ves como empiezas a comprender?

—Mi reló es la *enagenación* de que te hablaba. Eso Zoila no lo comprende porque yo no le doy cuerda nunca.

—¿Pero ella tiene reló también?

—¡Claro!... Pero con la maquinaria descompuesta... Sólo queda su *esfera* que es de las más grandes.

—Pero ¿y por qué me magrea así en las caderas? ¡uy! ¡hijo!

—¡Ah! Es que tú también posees una esfera... La que yo acaricio ahora es de proporciones ideales, cálidas, hasta si me apuras una esfera que *¡da la hora!*

—¡Ya lo creo!... Y tú socarrón porque no das los cuartos, pa que yo te de mejor la hora?...

—Porque... ¡ponte en facha! Voy a darte cuerda. Separa los obstáculos que ya tengo en la mano la llave...

—¿No me dice el secretico de la cama esta?

—Todavía no; cuando lo merezcas.

Unas risas finales, empalmadas con suspiros de placer satisfecho, pusieron remate a aquella escena.

III

Acababa de llegar el marido de Juanela la cachondísima criada.

Jesús frisaría en sus cuarenta bien cumplidos; era un mozallón terne y dicharachero, tanto como interesada y enamoradiza su cara mitad.

—¡Chico, Jesús!... ¡Que majo!

—¿No me esperabais, eh? ¡Jú, jú!

—No hijo... Menos mal que traerás tú buen puñao de perras de allá de América...

—¿Perras?...—saltó Jesús sarcástico.—Sí: una perra «Chula». Ven aquí, una perra más fiel que muchas mujeres... Bueno; vamos a palmos... Tú a cómo cobras las caricias de ese par de marranos que tiés por amos.

—¡Cochino! Que te has figurao... ¡por quién me tomas!

—Por una guarra de esas que yacen con tós con tal que le llenen la mano con metales... ¡ya ves! ¡Te conozco paisanica!

Menos mal que terció en el debate, doña Zoila.

—¡Jesús!... Que le llama el amo.

—Yo no tengo aquí amo: allá en México le tuve; pero me daba pan negro y más mate que otra cosa, para mis gustos. Me vine, para no tener más amos, y para que ésta recoja sus bártulos y nos vayamos allá otra vez que pa el «oficio» que aquí hace. allá en México se ganan los pesos a espuertas... Ya lo sabe usté todo, doña Zoila... Más claro, agua.

—Pero hijo... ¡Estás para que te metan en una casa de locos! ¡Jesús!

—Recuerda la señorita lo de esa cama?

—Que sí recuerdo?... Ven, acércate... Mi marido ha salido para sus quehaceres... Estaremos solos. Nada temas.

—Pero mi mujer...

—Bien... Baja la voz; que si la levantas demasiado...

—Si es que se levanta ella sola, mi ama.

—Pues contente: se puede hacer todo pero entre dos voces... y callandito!

—Dos vose!... Anda er merengue! Vaya un merenguito que me gasta mi amita ¡recálcano!

—Y tú vaya un acento pronunciado que me gastas...

—Es pronunciado porque México, mi amita; ¡ajay! e er pai de los pronunciamientos!

—Pues pronúnciate, anda!... Y échate encima del *enemigo* cuando quieras... que yo ya he tirao de la llave, cachondo!

Lo de *tirar de la llave* equivalía a poner en movimiento el sommier junto con los colchones que secundaban a maravilla los vaivenes del proceloso mar.

—Esta es una hamaca, nena!

—Y que lo digas! No separes aun tus brazos y sigue oprimiéndome que ahora ¡quiero una segunda explosión de tus ímpetus!...

Pero doña Zoila sensualizada y procaz no contaba con que tenía una sobrina, Cristeta, la que fué a interrumpir a la pareja en lo mejor de sus discursos.

—¡Tía, que la leche se sale! — dijo a lo mejor la voz de la sobrina, tras la puerta de la alcoba.

—Caram...ba...ba! Llama a Juanela!...

—Es que Juanela se ha salido también...

—Como la leche!—agregó Jesús, saltando de la cama diabólica.

—Esa Juanela!... Que ni un día ha de servirme el medio litro de leche entero... Siempre la deja hervir demasiado... ¡Te digo yo!...

—Lo que yo te digo, tía, es que si viene tío Casi y le digo que estáis ahí encerrados con ese mastuerzo de Jesús...

—Si aquí no hay nadie...

—A mi no me la das tú, tiita... Yo bien he visto como entraba en la alcoba...

Abrió las puertas de par en par la ladina doña Zoila! pero con su cuenta y razón; pues mientras el rápido diálogo, el «mastuerzo», como muy bien llamaba a Jesús la niña se las había pirado, ligero, y ella había tenido tiempo de alisar lo arrugado de las prendas que la mal cubrían apenas el rollizo y jacarandoso corpachón.

Defraudada, quedó, de momento, que no convencida la traviesa Cristeta.

Esta era una chatilla respingona: con ojos de lince, labios de clavel y pechos de «mayor de edad», aunque apenas si frisaría en sus diez y ocho mayos. ¿Que por qué había interrumpido en su pecaminosa labor a los tórtolos de marras?

Pues por ser ella quien era: una métome-en-todo y una sensualizada hasta los



pelos de la cabeza... una ansiosa de goces pasionales que nadie quería o podía otorgarla, al menos por el momento en aquella casa de escándalo.

—Es que el secretillo de la cama te intrigaba a ti también brujuela?—decía amoscado una mañana Jesús a Cristeta, sorprendiendola en paños ínfimos, más bien quê menores, en su propio cuarto de niña célibe y casta... hasta cierto punto.

—Ni la cama tiene secretos para mi ni ese es el camino, tonto.

—Tonto? ¿Cual? ¿el tuyo?

—El mío es este... pero...

—Pues más bonito que tu tonto no conozco ninguno.

—Pues más bien formada soy yo que muchas que presumen por ahí.

—Bah! Tú que entiendes de eso!...

—Gran papamoscas!... Es que estas carnes son palo?

—El que va a ser de palo soy yo, si sigues así... Anda, vístete y a almorzar quê no estoy para macanitas ahora...

—Porque eres un voceras desgalichao...

—Nena! No me tientes, que me va a salir la criada respondona... Y ocúltate las piernas, que ¡no estás maleja, no!... Como soy Jesús!

—¿Y esta vez no encuentras la cama

tan diabólica como la otra que tú sabes, memo?

—Qué! También sabes tú como se mueve mi sommier?

—Anda! Menudas juergas hemos corrido en la cama grande de tu mujer, Roquete el pintor y esta pecadora.

—Hola! Hola!... Pero cuenta... preciosa que no sabía yo nada de eso...

—Para eso... me has de hacer lo que le hace mi tío a Juanela, tu mujer.

—¿Y qué la hace ella a tu tío? ¡a ver!

—Torpe!... Darle él cuerda al reló que Juanela usa por las noches.

—Repámpano!... Será un despertador, como si lo viera... Y ¡qué se me da a mi de eso!

—Claro! Como que tú ¡que eres un frescales, te desquitas con mi tía!...

—Y bien que me desquito... ¡eso! Pero tú me gustas más que la tía y en fin... ¡cuenta lo de los juegos!

—No hay juegos como tú no me enseñes el juego del escondite que yo he leído en un libro juegan allá en México los niños...

—Claro, tontina... Fíjate. ¿Ves? En camisa, tal como tu estás una mejicanita, salada, le dice a un negro de allí, que los hay resalaos también... «¿Qué hay debajo

de la sábana?»

—«Pues hay escondido el platanito blanco».

Ella se ocultó bajo la sábana del lecho.

Echóse el mocetón encima y tras breve ajetreo, no diremos el plátano, sino la fruta sabrosa más preciada del mundo, que la chiquilla guardaba para el tal juguecito.

La pícara Cristeta se reía y respiraba y se revolvía en el lecho, traspuesta con la placentera ocasión de tal hallazgo . . .

***

Jesús era el hombre del día en la casa: mejor aún el hombre de la noche. Por eso precisamente empezó a tomarle corage el buen Casiano que era todo corazón, salvo algún otro miembro de su cuerpo.

Pero Casiano era supersticioso como napolitano de los barrios bajos.

El no creería en brujas, pero creía en el secreto de su célebre cama diabólica.

—¿Has dicho que empañado, nene?— preguntaba a veces la muy frescales de su mujer refiriéndose al espejillo curvo que en el testero de la susodicha cama se veía.

—Empañado, sí, mala hembra. Y este espejo empañado simboliza el honor de la familia, según la tradición.

—De modo que yo te pongo a ti cuer-

nos cada vez que se empaña el cristal del espejo? ¡Ja, ja, jaraja ja!

—Risa sardónica que de nada cura. Eres una infame.

—Y tú un botarate. ¿Qué culpa tengo yo de que nuestra cama tenga este espejillo y en cambio no le tenga el lecho en que cometes tus locuras con esa descastada de Juanela?

—¿Qué hay de Juanela?—saltó y vino la propia interesada.

—Hola ¿Tú? Mejor que mejor. Pues nada, digo que o tú o yo: ya lo sabes.

—¿Qué significa? ..

—Que o Juanela o yo abandonamos el techo conyugal; creo que la decisión no es dudosa.

—Zoila! No me marees más. El espejo...

—El espejo... el espejo: bien si... El espejo éste, por saber que tu eres un imbécil de mayor cuantía era yo misma la que lo ensuciaba con blanco de españa para simular que se empañaba él mismo ¿estás yá? ¡Imbécil!

—Ah! Maldita... Con que el *secreto de la cama* era una soberana trola original tuya para asustarme; entonces el honor de la familia.

—De esto no hables... No: porque así

como nuestra cama tiene espejo, el de esa gorrina de Juanela no le tiene: pero si le tuviera yo te juro que se empañaría dos o tres días por semana, por lo menos.

Juanela que era una cínica se limitó a sonreir.

—Sabes el verdadero secreto de mi cama, es decir la de mi abuelo Ladislao, que me legó como una gran cosa.

—Sí; hombre... El del sommier que se menea y...

—No... Eso son bromas tuyas... Pues lo que determina la deshonra de uno de los míos o de mi mismo—al menos en aquella época—es el romperse el espejo mágico ¡eso sí que es fehaciente y no falla nunca!

***

Transcurrieron dos semanas así entre descontento mutuo por si tu me la pegas, o yo te la pegaría si pudiera, etcétera.

Cierto martes—día funesto como es sabido—el bueno de don Casiano llamó a su exayuda de cámara; llamó a su sobrinilla Cristeta.

Pero sus llamamientos resultaron inútiles.

—¿Has visto piernas cómo las mías, Casi?

—Casi no, pero casi tú eres una tía sin

substancia.

—¿Por qué? ¿Has visto unos pechos con más substancia que los míos?... Toca, toca...

Tocaron en la puerta.

Era Juanela con una carta certificada para Casiano.

—¡Rediez! Viene de América... Ese sello es de México... ¡Oh! Que sospecha.

Temblábale el pulso al dueño de la cama y de la casa: una y otra estaban endiabladas.

Hubo unos momentos de pánico entre los cónyugues, pues si el uno era supersticioso el otro era el fanatismo en persona.

La carta pasaba de unas manos a otras de ambos sin que ninguno de los dos se atreviera a abrirla.

—Tómala tú y léela que las mujeres sois más trapaceras que nosotros.

—No me atrevo; tengo miedo a alguna mala noticia. Abrela tu que eres más fuerte...

—No puedo: un nudo en la garganta... ¡Ah! ¡Cielos divinos! ¡Ahora sí!... ¡Nos caímos del todo! ¡Catastrófico! ¡Mira, Zoila, mira si tienes valor!... El espejo roto... Ese maldito espejo. De fijo que esta carta es la que contiene el secreto de este diabólico enigma...

La carta contenía breves líneas:

«Querido don Casiano; Estamos en Guanatambo, una rica población donde seguimos jugando al escondite con su sobrinita. Dígale a su mujer que no se preocupe por ella, pues Cristeta se halla la mar de bien entre estos platanares y ya la doy lo que le hase falta... Estamos pagaos, querido. Usté a fumarse mi costilla... Yo «capy-cua»: primero la costilla de usté y luego la sobrinita que es bocao de cardinali...

»Sed felices y a la buena pua de Juanela, mi cónyugue, que no se preocupe por sus ocho o diez mil beatas que guardaba en un cajón del armario ropero: yo se las airearé y se las gastaré con buen fin...—*Jesús Milongo.*

»*Posdata.*—Pa que vea que se cumplir: antes de salir de esa he roto previamente el espejico de su cama diabólica. Así soy yo.—Vale».

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos. - Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos. - Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer. — Amor en globo. — Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas. — Amores crueles. Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. — Sangre ardiente. - Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino. — Un maridazo. -- Las hijas de Venus.--Centro Galante.—Delicias del amor.--La mujer ajena.--La Sabrosa.--Secretillos de alcoba. - La Isla del amor.- Un matrimonio modelo. - La Virgencita.

Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes-- Canalladas de Cupido.--Travesuras de un conejo.--Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos. Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas. Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil. Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física.—Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles. - Memorias de un lunar.—La saeta de Cupido. -- ¡Viva la faldamenta! — Ajetreos amorosos.—Lamentos de un somier.—Un canuto libertino - Las NALGAS marinas.—A punto de caramelo.—¡Vaya cardo!—Los tres besos y medio. - El morrongo de Venus.—¡Toma candela!—La liga perdida.—Cine placer.—Cositas del querer.—Paraíso del Amor.--El jergón de la dicha.- Cuatro gotas.— Acaparadora de besos.--Toma y daca. — Una cama diabólica.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

La última palabra del despiporren — 10 tomitos

Riquísima presentación — Cada tomito 20 Cts.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires